

EL HOMBRE, LA TIERRA Y EL GANADO

Por: JOAQUIN MURILLO

*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Números 77-78, Volumen XXI
Primer Semestre de 1963*

Cierto es, que en el presente siglo, los hombres han cambiado de mentalidad y de moral; pero también es verdad que la mayoría es digna de alabanza y estímulo. Para estos van estas líneas.

El hombre, la tierra y el ganado es la trilogía que ha dado sustento a la humanidad a través de los tiempos. Bien merece el bronce o monumentos más elevados, como gratitud que siempre se le deberá.

Quizás por ser labor tan natural y efectuada en el silencio de los campos o lejos del bullicio de las ciudades, en este afán modernista, la generalidad de los hombres no aprecian su significado o importancia; y a pesar de que hace parte de su misma vida, no se detienen a considerarla. Es el indiferentismo del tiempo, la neurosis de las ciudades.

Los primitivos pueblos de cultura, quizás de costumbres más sanas y de una filosofía más espiritualista que las actuales, dignificaron al industrial agro-pecuario. De los pastores o ganaderos y de los agricultores surgieron los reyes, los genios y nobleza de esos pueblos que pusieron las piedras fundamentales de esta misma civilización que paso a paso ha ido culminando en nuestros días. Y aun siendo arandes personajes se distinguían en sus labores campestres. No era extraño que al salir del Senado, del Foro, del Areopago o del Partenón, tomaran sus instrumentos de trabajo: significaban al hombre y este a la tierra.

Allí tenemos a Ulises, agricultor y rey de Itaca a la vez, y muchos personajes, más inmortalizados por Hornero y otros grandes autores. Así casi todos los reyes y grandes hombres de aquellos tiempos fueron caracterizados e inspirados en sus labores de campo. Los santos y los patriarcas de entonces, generalmente, pastores o agricultores fueron. Es que la paz, la libertad y trabajo de los campos, facilitan cuerpos y almas sanas.

La clara inteligencia y el ingenio griego divinizaron la tierra y las cosechas en Cerezo Demeter, uno de sus dioses magnos. Los pastores y el ganado fueron en el dios Pan simbolizados, porque ellos también tenían que ser fadores de la existencia.

Al hojear la mitología encontramos divinizados el buey y el caballo, compañeros inseparables del hombre; al primero lo elevaron en los templos de Egipto para que fuera reverenciado por los hombres como un ídolo o como un dios; y en la Persia y Asiria lo encontramos en los monumentos y altos capiteles de los palacios, influyendo en la moral de los humanos.

En cuanto al caballo, tenía que dejar recuerdos imperecederos por sus grandes servicios. Simbolizando grandeza y fuerza lo dejaron grabado en los vasos, frisos, arcos y muros de aquellos pueblos, y en la ciudad de los Césares; así como en los bajos relieves de los templos de Grecia, esculpidos por las delicadas manos de un Praxiteles y de un Fidias. El caballo con el dios Apolo debía simbolizar el sol, la luz.

Bien está todo lo que se haya hecho y se haga en beneficio de este noble animal, tan nuestro, que hasta su aparición en la tierra fue donde tuvo a la vez el desarrollo el general humano y nuestra misma religión. Todo parece que le hubiera dicho al hombre: monta en mis lomos y te llevaré a conquistar el mundo. Yeso se cumplió y se seguirá cumpliendo; compartiendo entre ambos las glorias y las vicisitudes. Las conquistas de Alejandro, Julio César, Carlo Magno, Napoleón y Bolívar también fueron en sus corceles. Hasta para el título de caballero, que significa hidalguía y nobleza, debía de tomarse del bello animal.

En la Edad Media los únicos fadores de la economía también fueron la agricultura y la ganadería. Entonces no existía tesoro del Estado y del Municipio sino del Feudo o señorío. Los hacendados o señores, eran los únicos que mandaban y disponían hasta de la misma fuerza, como dueños de la tierra y de los ganados. Los mismos reyes, que no tuvieron política definida, tenían que vivir de lo que producía sus haciendas o campos y de ello sostener sus cortes palaciegas y sus ejércitos. Así

vivieron Carlo Magno y todos los reyes de Francia hasta Felipe el Hermoso, de la dinastía de los Capeto, que fue el primero en organizar el tesoro del Estado con impuestos.

En ese tiempo eran pocas las vías de comunicación y deficientes los medios de transporte. Por eso los frutos que producía la tierra eran consumidos o vendidos en los mismos lugares o campos. Pero como esto era incómodo, sobre todo para el consumidor, hubo acuerdo o convenios para que se construyeran caminos hacia los campos y ciudades más inmediatas y que los productores llevaran únicamente a determinadas localidades o pueblos a vender sus artículos.

Esté fue el origen de los mercados semanales y de las ferias anuales que acrecentaron las ciudades y ensancharon el comercio; y con ello se organizó la economía municipal.

De manera que en la política y en la economía medievales influyeron el agricultor, la tierra y el ganado.

Hemos llegado a nuestros días y atónitos contemplamos un fantástico progreso científico, industrial y artístico que parece se vaya a substituir totalmente la fuerza animal o muscular por la mecánica; y los medios de vida que la naturaleza puso en manos del hombre, como si se tratara de reemplazar por artificiales; el comercio y la industria se ha extendido de tal manera que el mundo va siendo pequeño para consumir lo que producen: los medios de transporte han acortado de tal manera las distancias que ya no se contaran por millas, leguas o miriámetros sino por minutos y horas. Se puede decir que la tierra ya no guarda secretos porque los hombres van taladrándola en busca de sus tesoros, vacilando muy poco para dar con ellos. Ni las aguas de los Océanos ni la de los ríos nos detienen y ellas nos producen calor, fuerza y luz. El espacio o aire parece que hubiese perdido su sutileza puesto (me es capaz ele sostener máquinas y hombres para llevarlos lejos como si fueran ligeras aves.

Está el hombre, pues, en pleno dominio de los elementos naturales; pero aún la inteliltencia y la ciencia no han llegado a su máximo desarrollo: adelante y a lo lejos tiene mucho qué hacer.

Y a pesar de todo este progreso ha sido y seguirá siendo factor primordial la agro-pecuaria. Estas industria" no han quedado a la zaga, puesto que son indispensables a la humanidad.

Es evidente la teoría de sabios que han predicho el desmejoramiento de la tierra a proporción que se trabaja. Por una parte el derribo de las selvas o bosques van disminuyendo las aguas y por

consiguiente secando la tierra en perjuicio de su sabia, a pesar de los abonos químicos: y por otra parte, el enorme aumento de la población tiende a exigirle más y más. Disminuyendo sus cualidades y aumentando las exigencias.

Las tierras del Viejo Mundo son las más trabajadas y a las que más se les ha exigido y se les está exigiendo, por eso aguardan las caricias del ganadero y del agricultor.

¿No tendremos aquí pan y porvenir para nuestros hijos y despensa abundante para los pueblos del cansado y Viejo Continente?

Tal vez sea la nuestra otra tierra de promisión para los irrealistas del futuro: pero también quedarán expuestas a los ultrajes de los Iscariotes del mañana.

Examinando nuestras principales fuentes económicas, se destacan las que venimos mencionando. La minera está casi toda en manos de extranjeros; el comercio es cosmopolita: pero la agrícola y la pecuaria sí son muy nuestras, por estar en poder de colombianos. Además son estas últimas las que sostienen la exportación regular y le ha dado fama a Colombia con el café, el caucho, el banano, el arroz, el azúcar, las esmeraldas. etc. etc.

Hay dos modalidades opuestas en este batanar de la vida. El mayor número de los hombres de la ciudad en el reducido espacio de sus oficinas o talleres, en un aire viciado y en donde apenas si entra un rayito de sol, se dan a sus tareas sedentarias, por lo común con el cuerpo resentido y el espíritu inquieto. Así con bostezos, que son lamentos del cuerpo, y con miradas Furtivas al reloj, pasan las horas lentas.

Cuando llega el momento de levantar trabajo, se precipitan a la calle: algunos grupos siguen por las avenidas, otros se posan en las esquinas o entran al café. Es entonces cuando se desata la lengua con el chiste o cuento picante, con el comentario del momento político, por lo regular, en contra del gobierno o partido opuesto. Se acaloran y viene la rencilla, el rencor y se urde la intriga. Se envenena así el espíritu. Cuando la noche tiende su oscuro manto van a la tertulia, a la cantina o al establecimiento de placer, y por lo regular con una preocupación más regresan a la casa. Como el sueño les es esquivo difícilmente se levantan de su lecho, al día siguiente, a la hora oportuna.

Mientras que la generalidad de los hombres de campo antes de despuntar el sol en Oriente se encuentran doblegados sobre su surco o atendiendo sus ganados o demás menesteres,

manifestando alegría con cantos o silbos que hacen dúo al trino de las aves; reciben el aire libre y puro y siempre bañados por los vivificantes rayos solares. Por lo común divagan con el producto de la huerta, con la utilidad de sus ganados o con la economía para las diversiones domingueras o para el regalo de la compañera o zagala de la estancia vecina. Así las horas se van ligeras. Y la oración, cuando las aves se acogen en sus nidos y el sol deja sus últimos arreboles, estos hombres, llevando en sus pupilas la hermosura del paisaje, respirando el ambiente perfumado por la hierbabuena y el poleo cogen sus herramientas al hombro, y

*"Por el senderito de la serranía
van cantando coplitas de amores".*

Hasta que llegan a la casa de la hacienda o a sus rústicas viviendas; y para no demostrar la fatiga muscular de la gimnasia diaria, se sientan en el banco del corredor o en la mullida yerba, y allí raszueando el tiple desgranar uno los versos de su canción. Duermen después con un sueño reparador y una conciencia tranquila, hasta que los fulgores de la aurora se infiltran en su aposento y los despierta a seguir las tareas del nuevo día.

Es que estos hombres entregados a la gimnasia constante de sus labores campestres, no tienen tiempo ni para los malos pensamientos ni para las discusiones o rencinas políticas. Conservan, pues, alma sana en sus cuerpos sanos.

Bien está que el Gobierno y las Cámaras Legislativas hallan algo para ayudar eficazmente, sin demagogia, a los hombres que se entregan de lleno a la industria agro-pecuaria. Más parcelas, más préstamos en dinero, más plazos para los pagos, menos intereses y mucha protección personal.

Bendita sea la tierra que nos proporciona la subsistencia y nos cubre en la muerte. Gracias al Creador que nos da al agricultor, al pastor, al agua y el sol, fuentes de la vida.

Para terminar, digo que el porvenir de Colombia no está en poder de los políticos de ocasión o de café, o de los falsos apóstoles que corrompen las sanas costumbres, sino en poder de los hombres que tienen dorada la frente por el sol, las manos encallecidas por el trabajo y la conciencia limpia por el ambiente puro. Benditos sean ellos.

